

Estas equivocaciones semánticas y las dificultades de comprensión mutua no dejarían de tener graves consecuencias. Por regla general, y a diferencia de sus colegas del norte bajo dominio hitita, ni el trono de los vasallos del faraón ni el sistema regular de sucesión gozaban de protección frente a eventuales amenazas, tanto interiores como exteriores al reino. Un sistema donde el principal factor de estabilidad era el compromiso del soberano de proteger a sus fieles servidores, cuando faltaba esa garantía se hacía inestable. Por eso la inestabilidad política, la fragmentación y las luchas internas fueron mucho más frecuentes en el sur de la región, controlada por Egipto, que en el norte, bajo control hitita. La alternativa egipcia de imponer su propio cosmos (en este caso: la administración impersonal, racional y burocrática) o considerar a los bárbaros como irremediabilmente caóticos, se demostró insuficientemente flexible y sensible al hecho de que la periferia también tenía sus propias reglas y su propia racionalidad.

20. LA IDEOLOGÍA DE LA FRATERNIDAD

La metáfora de la «protección», que inevitablemente sugiere dominación, aunque sea recíproca y multidireccional, se aplica fundamentalmente a las relaciones desiguales: aquellas que se establecen entre un gran rey y un pequeño rey, o entre un rey y sus funcionarios. Cuando se trata de relaciones entre pares, es mucho mejor emplear otra metáfora, originaria también de las relaciones familiares y comunitarias, que podríamos llamar la metáfora de la «fraternidad» o «hermandad» (*ahhūtu*).¹ El procedimiento legal de la «adopción en fraternidad» era tan corriente en el Bronce final que la metáfora se entendía perfectamente y se aceptaba sin problemas. La «fraternidad» es una relación convencional, pero tiene la misma fuerza y el mismo significado que las relaciones de sangre. De ahí que sea la más adecuada para expresar una alianza política entre pares porque, a diferencia de otros términos más técnicos,² enfatiza la implicación personal y voluntaria de las partes. Además, el intercambio matrimonial entre familias reales era lo bastante intenso como para alentar y justificar aún más el uso de la metáfora. Muchos reyes estaban emparentados entre sí por relaciones de hermandad política (yernos y cuñados), y otros muchos se dedicaban a ultimar negociaciones con vistas a ese objetivo: «¿No estás buscando fraternidad y buenas relaciones, para permanecer unidos el uno al otro, cuando me escribes sobre matrimonio? Y yo, por este motivo, por la fraternidad y las buenas

1. La «fraternidad» o «hermandad» se estudia sobre todo en el marco de la terminología contractual del Antiguo Testamento, véase P. Kalluveetil, *Declaration and Covenant* (Roma, 1982). Sobre las metáforas relativas a la familia en las cartas de Amarna, véase R. Cohen en *International Negotiation*, 1 (1996), pp. 11-28; Liverani en *Amarna Diplomacy*, pp. 15-27.

2. H. Tadmor en *Society of Biblical Literature Centennial Address*, 1980 (Chico, CA, 1982), pp. 127-152; M. Weinfeld en *JAOS*, 93 (1973), pp. 190-199; *UF*, 8 (1976), pp. 379-414.

relaciones, para permanecer unidos el uno al otro, te escribo sobre matrimonio».³

El efecto acumulativo del intercambio matrimonial y de la fraternidad convencional es la base para considerar que todas las casas reales pertenecen a una sola familia extensa en un escenario internacional. El sentido de clase, la conciencia de una estructura homóloga en la jerarquía política de cada reino, fomentan una solidaridad horizontal no menos importante que la solidaridad vertical «nacional», seriamente dividida por la distinción básica entre señores y siervos.

Los reyes que intercambian correspondencia se tratan entre sí de «hermanos» o a veces también «colega», y definen su alianza como una «fraternidad», una «bondad (de relaciones)» (*tābūtu*),⁴ o incluso como «amistad» o «amor» (*ra'amūtu*).⁵ Y reiteran la idea de «amarse» el uno al otro, de «disfrutar» y de «no afligir» el corazón del otro, de compartir recursos y de satisfacer los deseos del otro.

Cuando una diferencia de edad desaconseja la metáfora de la fraternidad, se utiliza entonces la imagen de una relación paterno-filial; se trata de una señal de respeto personal que carece de implicaciones políticas. Cuando la pareja real ugarítica trata de «padre» a un alto funcionario hitita,⁶ no insinúan ninguna subordinación política, tan sólo su deseo de honrar a un anciano. El uso de la palabra «hijo» como forma de tratamiento también carece de significado político, aunque rezume un irritante «paternalismo». Cuando un funcionario hitita trata de «hijo» a un joven rey ugarítico recién entronizado, sólo pretende darle a entender, desde la primera línea del mensaje, que un novicio como él tiene que escuchar y respetar más a los ancianos.⁷ Y cuando Apofis llama «hijo» al rey de Kush recién coronado,⁸ no está sugiriendo ninguna «soberanía» de los hicsos sobre Kush, sino sólo una actitud paternalista de un rey ya mayor que se considera más importante y con más autoridad. La soberanía se expresa mediante la terminología señor/siervo.

De la terminología de la familia, la metáfora de la fraternidad es particularmente pertinente para el mundo político porque no impide que los «her-

3. EA, 4.

4. W. L. Moran en *JNES*, 22 (1963), pp. 173-176; M. Fox en *BASOR*, 209 (1973), pp. 41-42; I. Johag en *Festgabe für G. J. Botterweck* (Colonia-Bonn, 1977), pp. 3-23.

5. W. L. Moran en *CBQ*, 25 (1963), pp. 77-87; G. Schmuttermayr en *Biblica*, 51 (1970), pp. 499-543. Sobre desarrollos posteriores, Y. Muffs en *Christianity, Judaism and other Greco-Roman Cults*, III (Leiden, 1975), pp. 1-36.

6. *PRU*, IV, p. 294; contra F. C. Fensham en *Studies W. F. Albright* (Baltimore, MD, 1971) pp. 121-135.

7. *PRU*, IV, p. 191; *LM*, p. 137.

8. Habachi, *Kamose*, p. 39.

manos» se peleen. El Bronce final es un periodo típico de rivalidades y peleas fraternales, esencialmente sobre asuntos de herencia.⁹ Los cambios legales y económicos habían erosionado los procedimientos tradicionales asociados a la mecánica transmisión del rol y de los bienes de padres a hijos, con la posición privilegiada del primogénito, dejando cada vez más espacio a la importancia de las cualidades y los logros personales. «No hay primogénito ni cadete», se dice en los documentos testamentarios de la época; la propiedad irá a «aquel que haya honrado (a los padres)».¹⁰ Los documentos legales están llenos de hermanos que se pelean por los derechos hereditarios. Los registros históricos y los cuentos literarios están protagonizados por heroicos hermanos menores determinados a hacerse con el trono de su padre o a desposeer a sus hermanos mayores. La realeza, evidentemente, no es una propiedad que pueda dividirse en partes iguales.

En consecuencia, la metáfora de la fraternidad resulta sumamente conveniente para las necesidades políticas de la época: por un lado, el modelo teórico y bastante idílico del amor mutuo, por el otro las frecuentes peleas y rivalidades endémicas. La propia metáfora puede utilizarse o desestimarse, según las necesidades de la argumentación. Un rey de Amurru pretendía que su fraternidad con el rey de Ugarit no era mera convención sino una realidad física, algo que sabemos que no es cierto:

Hermano mío, mira: tú y yo somos hermanos. Hijos de un solo hombre somos hermanos. ¿Por qué no habríamos de estar en buenos términos entre nosotros? Cualquier deseo tuyo que me escribas, lo satisfaré; y tú satisfarás mis deseos. Somos una unidad.¹¹

Pero cuando las relaciones se hacen particularmente tensas, es fácil rechazar la metáfora y decir que «no es cierta»:

¿Por qué habría yo de escribirte en fraternidad? ¿Acaso somos hijos de la misma madre? Así como mi padre y mi abuelo no escribieron al rey de Asiria en fraternidad, tampoco tú me escribas en fraternidad.¹²

El rey hitita ha tenido que aceptar a regañadientes que el rey asirio sea un «gran rey», porque se trata de una definición formal basada en una evidencia factual innegable. Pero rechaza la terminología de la fraternidad, que

9. Además de los casos de Idrimi, Rib-Adda, Hattushili, véase también *HDT*, p. 39; *HDT*, pp. 77-78; *AM*, pp. 68-69; *PRU*, IV pp. 121-122, etc.

10. M. Liverani en *Storia e dossier*, 14 (1988), pp. 22-26.

11. *PRU*, IV, p. 133; Zaccagnini, *Scambio*, p. 110.

12. *KH*, 192; véase el capítulo 4.

es una opción voluntaria con implicaciones de adhesión personal, y rayana en el ridículo si es inadecuada. Pero las ofertas asirias de fraternidad, que alternan con episodios de agresión militar, producen su efecto al cabo del tiempo. Décadas más tarde, Tudhaliya recordará al joven Tukulti-Ninurta, recién llegado al trono, el emotivo último deseo de su padre Salmanasar: «¡Sed (hijos) de un sólo padre y de una sola madre!».¹³

Los reyes egipcios utilizaban con mucha frecuencia la metáfora de la fraternidad en sus tratos con los reyes asirios, sobre todo a la hora de hacerse con sus mujeres. Toleraban la metáfora como un útil diplomático necesario, y toleraban incluso que el rey menor de Alashiya los llamara «hermanos». Pero la plena integración en ese «ambiente de familia» se introdujo en Egipto sólo con el tratado —de iguales— entre Hattushili III y Ramsés II. Tras la conclusión del tratado y del matrimonio, se inició un intenso intercambio de una serie completa de cartas entre los miembros de ambas familias reales: reyes, reinas y príncipes.¹⁴ En estas cartas se destacan las relaciones fraternales y la «unidad» finalmente alcanzada entre los dos países: «Ellos (= los dos reyes) están aliados en una buena alianza, y son hermanos en una buena fraternidad, para siempre»; «aquel día los dos grandes países se convirtieron en un solo país, y vosotros dos grandes reyes os habéis convertido en una sola fraternidad»; «para hacer que dos grandes países se conviertan en un sólo país para siempre».¹⁵

Las implicaciones de esta «unidad» (*ištēnūtu*), posible gracias al intercambio matrimonial y a la fraternidad, son distintas para los hititas y para los egipcios. Para el rey hitita, la idea de *ištēnūtu* hace referencia básicamente a un par de objetos funcionalmente idénticos: por ejemplo, un par de pendientes, un par de zapatos o un par de ruedas.¹⁶ Pero puede evocar también la imagen de unos «hermanos indivisos» que gestionan unitariamente su propiedad común.¹⁷ El concepto es, pues, relativamente banal y fácilmente aceptado. Pero para los egipcios tenía importantes connotaciones ideológicas y teológicas. La «unión de los dos países» (*sm', t'wy*) se produjo en el tiempo mítico del pasado cuando los dioses y los ancestros crearon el funcionamiento del mundo.¹⁸ Egipto se había fundado originalmente a partir de la fusión de dos tierras —el Delta y el Valle— en una unidad política que siem-

pre conserva la memoria de su origen y naturaleza dual. Las otras tierras externas son diferentes e incomparables; tienen otro nombre (*h'swt* y no *t'w*, véase el capítulo 1). La sola idea de que Egipto («la unión de ambas tierras *t'w*») pueda convertirse en mitad de una unidad mayor (*ištēnūtu*) donde un país *h'st* desempeña el mismo rol que el otro, significa un peligroso paso hacia la plena aceptación de la simetría.

13. *KH*, 191.

14. *AHK*, I-II.

15. *HDT*, p. 122; Edel en *JFK*, 2 (1953), pp. 269, 264-265, 270. Más datos en el capítulo 21.

16. *CAD*, I/J, p. 282.

17. *Ibid.*, p. 282; Kestemont, *Diplomatique*, pp. 446-447, 570-571; G. Buccellati, *Cities and Nations of Ancient Syria* (Roma, 1967), pp. 49-50.

18. H. Schäfer en *MDIK*, 12 (1943), pp. 73-95; H. Goedicke en *Mélanges Mokhtar*, I (Cairo, 1985), pp. 307-324; Grimal, *Propaganda*, pp. 317-321.